



Autor: Jaime Barbosa Lasso
Obra: *La Bala 91*

Noventa. Noventa familias rotas. Noventa almas liberadas. Noventa niños preguntándose por qué sus padres no regresan. Noventa. Noventa balas cortando el aire. Noventa lágrimas derramadas. Noventa vidas.

Y sin embargo ahí estaba, agazapado en la maleza, dudando. Mi víctima número noventa y uno saldría de su tienda en cuestión de segundos y yo aún no tenía claro si sería capaz de apretar el gatillo una vez más. A mi cabeza venían nítidos recuerdos de la última semana, pues todo se reducía a eso, a mi última, o quizá primera, semana de vida. Nunca me había hallado en este estado. Nunca había vacilado al tener que eliminar a un objetivo. Siempre certero, infalible. Claro que nunca había tenido una vida ninguna de esas caras anónimas. Nunca había habido una familia, un sentimiento, ni siquiera un nombre.

Nací en 1920, en un pequeño pueblo situado cerca de la ciudad rusa de Magnitogorsk.

Mi vida como francotirador comenzó a la temprana edad de 12 años, cuando mi padre me llevó por primera vez a presenciar una cacería. Yo, que a escondidas había estado practicando con su escopeta y unas botellas, ya tenía algo de experiencia en eso de las armas de fuego así que, sin que nadie se diera cuenta, cogí una de las que mi padre había traído de repuesto y le acerté a un conejo en la cabeza con el primer tiro. Tal fue la sorpresa de todos los presentes al darse cuenta de que el responsable de semejante genialidad había sido yo.

A los 19 años (justo en el año en que estalló la Segunda Guerra Mundial) me alisté en la marina rusa y a los 22 ya destacaba notablemente en todos los campos, sobre todo en el de tiro lejano.

Así estaba la situación cuando me destinaron a Stalingrado, con la misión de ejercer aquello que se me daba tan bien y acabar con la vida de tantos soldados y oficiales alemanes como pudiera. Ascendí rápido y pronto fui conocido, tanto entre mis compañeros como por los soldados alemanes.

Siempre trabajé en solitario. Me daban un objetivo y yo acababa con él, así era mi día a día en la guerra. Así había sido hasta la semana pasada cuando Burkhard Hendrich fue el primer hombre alemán que me dio problemas. Por alguna razón me esperaba y, antes de que pudiera mimetizarme en los alrededores de su campamento, me disparó en el hombro. Me desperté

Mejor relato

XIII Certamen de relato corto Rozasjoven 2015

en una cama, con el hombro vendado y la bala fuera de mi cuerpo.

Reconocí el lugar como una tienda alemana aunque no tenía ni idea de qué hacía allí.

Fue entonces cuando entró mi objetivo en la habitación y, sin decirme nada, me cambió el vendaje. Él sabía quién era yo y por qué estaba allí y, sin embargo, me estaba curando.

Burkhard Hendrich sabía hablar ruso, aunque tenía un acento horrible. Me habló de su familia, de su perro, de su casa en Alemania y, por primera vez, me di cuenta de que esos noventa objetivos que había eliminado tenían una vida. Que eran personas con esposa e hijos. Por esta razón hui. Salí del campamento alemán a escondidas y me escondí en el bosque.

Eso fue ayer. Esta mañana cogí el rifle (que el soldado alemán no me había quitado) y una pistola que llevo siempre para los disparos a corta distancia y me dispuse a eliminar a mi objetivo tal como había hecho noventa veces desde que me llamaran a Stalingrado.

Llevo tumbado en el suelo, oculto entre la maleza, más de ocho horas, aunque eso para mí no es un problema. El principal problema es que esta noche, y por primera vez desde que vine a la guerra, he soñado con todas y cada una de las personas a las que he asesinado. He imaginado cómo serían sus casas y sus hijos, a qué se dedicarían si no hubiesen venido a esta condenada masacre.

Pero ahora se decide todo. Acaba de salir Burkhard Hendrich de la tienda y está en mi punto de mira. Tengo el dedo sobre el gatillo y la vida de ese hombre en mis manos.

Tomo aire, como tantas veces he hecho. Saco la pistola, y con su metálico sabor en mi boca digo adiós a Rusia. Adiós a la guerra. Adiós a la vida.